

Goles y Autogoles



Tomás Guendelman Bedrack, ingeniero civil de la Universidad de Chile y Master of Sciences de la Universidad de Berkeley, es profesor titular de las universidades de Chile, de Santiago y Universidad Mayor. Es past President de la Asociación Chilena de Sismología e Ingeniería Antisísmica, (ACHISINA) y Presidente de IEC Ingeniería S.A.

La inercia de un mes empapado de fútbol –deporte del que siempre he sido un fiel adicto– me lleva a observar la vida con el prisma de lo que ocurre en el campo deportivo, en el que lealtad y deslealtad se ponen claramente de manifiesto en cada simple acción, provocando aplausos o rechiflas de la concurrencia, según se trate de lo primero o de lo segundo.

Albert Camus, novelista, ensayista y dramaturgo francés, aunque nacido en Argelia, combinó su pasión por las artes

Tomás Guendelman Bedrack

con una no menor pasión por el fútbol, deporte en el que participó como arquero del seleccionado de su universidad, primero, y luego en un equipo de primera división. Camus decía: “Después de muchos años en que el mundo me ha deparado variadas experiencias, lo que más sé, a la larga, acerca de moral y de las obligaciones de los hombres, se lo debo al fútbol”. Camus obtuvo en 1957 el Premio Nobel de Literatura y murió en un accidente automovilístico en Francia, el 4 de enero de 1960.

En el mundo del fútbol no se disimulan los autogoles. Puede ocurrir que no siempre quede claro si se trata de un gol o de un autogol, cuando el balón es desviado hacia su propia valla por un defensor, pero quien interviene por última vez siente en su fuero interno que es el autor de la conquista en contra de su propio equipo. Este reconocimiento no suele darse en la vida diaria en la que nos cuesta mucho asumir responsabilidades por desaciertos personales que suelen darse en nuestra contra. Es decir, convertimos un autogol.

Muchos ingenieros han dedicado parcial o totalmente su tiempo a este bello deporte. En esta ocasión, y sin desmerecer los méritos de otros colegas que tuvieron un brillante paso tanto en el ejercicio profesional como en el fútbol, deseo destacar a tres grandes referentes de esta singular mixtura: Eduardo Simián, apodado “el pulpo”, al arco de la Universidad de Chile a fines de los '30; Gonzalo Carrasco, en diversos clubes, pero especialmente en Unión Española, entre mediados de los '50 y hasta mediados de los '60; y Manuel Pellegrini, defensa central de la Universidad de Chile desde fines de los '70 y hasta avanzados los '80.

De Eduardo Simián no tengo vivencias como futbolista, pues cuando él era un estelar en el arco de la “U”, yo no aparecía aun por este mundo, pero la historia nos revela que, además de sus grandes capacidades deportivas, tuvo un aporte extraordinario para la industria minera del país. En efecto, el 29 de diciembre de 1945, el equipo de exploradores que él encabezaba, descubrió el primer yacimiento de petróleo del país, en el sector de Springhill,

Manuel Pellegrini constituye un caso extraordinario en el que se combinan las habilidades deportivas con la formación universitaria, las que a su vez se suman a un elemento muy escaso: las dotes de líder.

en Magallanes, lo que condujo cinco años después a la creación de la ENAP, para explotar comercialmente dichos yacimientos.

Con Gonzalo Carrasco nos unen fuertes lazos de amistad, por más de treinta años, la que hemos legado a nuestros respectivos hijos, también ingenieros civiles. Fuimos contemporáneos en la educación universitaria, salvo que él estudiaba en la Católica y yo en la Chile. Su compañero habitual de estudios era Pedro Hidalgo, hinchita incondicional de la Universidad Católica. Las jornadas de estudio se desarrollaban en las tardes, por largas horas, pero con frecuentes interrupciones que, so pretexto de descansar, servían de excusa para salir al patio o a la calle, armar un arco con dos piedras o dos chombas, y batirse en un duelo a penales. La pelota era oficial y Pedro se esmeraba en darle una mantención adecuada y permanente, embadurnándola con la grasa que sobraba del desposte de la carne para bistec, después de cada práctica.

En el ámbito futbolístico, Gonzalo llegó a ser seleccionado nacional, pero debió retirarse en forma prematura del deporte activo debido a lesiones que empezaron a causarle estragos en su condición física. Como ingeniero destinó gran parte de su vida al diseño y construcción de puentes en el Ministerio de Obras Públicas, correspondiéndole labores en proyectos especialmente complejos, con soluciones colgantes y atirantadas, en las que tuvimos la ocasión de interactuar en el plano técnico.

Manuel Pellegrini constituye otro caso extraordinario en el que se combinan las habilidades deportivas con la formación universitaria, las que a su vez se suman a un elemento muy escaso: las dotes de líder. Precisamente debido a esta última cualidad es que llegó al equipo de la Universidad de Chile. Ello ocurrió –según me cuenta el propio Manuel– cuando Ulises Ramos, por esos años entrenador de las divisiones inferiores de la “U”, llevó a un equipo juvenil a Estados Unidos y manifestó a la directiva del club el requerimiento de incorporar a un jugador con espíritu de líder y con dominio del idioma Inglés. Manuel reunía esos requisitos y fue invitado a

participar de la gira. Nunca más se movió del cuadro azul, al menos, en su calidad de jugador.

La etapa como jugador del cuadro de honor coincidió con sus estudios de Ingeniería en la Universidad Católica, lo que le significó razonables complicaciones, pues el rigor del programa de estudios colisionaba frecuentemente con las exigencias que imponía la permanencia en un equipo profesional de alto rendimiento y de gran arraigo popular. Sin embargo, se las pudo arreglar para conciliar estas dos tareas y obtuvo su título de Ingeniero Civil, mención Construcción, en 1978.

La profesión nos puso en contacto y trabajamos juntos en el análisis sísmico y diseño de varios edificios, pero Manuel no se conformaba con ser solamente un operador de herramientas técnicas y comenzó a asistir en calidad de oyente a mis clases en la Escuela de Ingeniería de la Universidad de Chile. El horario de 8.30 a 10.00, martes y jueves, le calzaba muy bien con sus obligaciones deportivas que se iniciaban alrededor de las 10.30, diariamente. Venía vestido con indumentaria deportiva y se retiraba unos quince minutos antes del término de la clase. A las concentraciones de los fines de semana llevaba los apuntes de clases, y en lugar de pasar las horas previas al partido en una actitud relajada o recreativa, estudiaba la materia de la semana con gran seriedad. Su posterior actividad como entrenador de equipos de Primera División lo alejó del cálculo estructural, pero comenzó a escalar posiciones en el mundo futbolístico que lo sitúan hoy en el nivel que todos conocemos y admiramos. Pienso que Manuel siente alguna nostalgia por temas técnicos que ha debido dejar de lado, pero no me cabe la menor duda de que su formación universitaria ha tenido una gran influencia en el éxito sin parangón que ha alcanzado en España.

Desde esta columna le hago llegar mi fraternal saludo y congratulaciones, lo que no obsta para recordarle que, aunque parezca un autogol, “campeón hay uno solo y se llama Colo Colo”.